

ros. De pronto os habla persona á quien no conoceis, y os ruega que le sirvais de testigo para validar su derecho electoral, como que basta con el testimonio hablado de dos personas, aunque sean desconocidas. Hay quien se alaba de haber votado en compañía de dos amigos lo ménos en cuatro colegios. Los cafés rebosan de gentes, las aceras de farsantes, los arroyos de titiriteros; multitud de mujeres vestidas de fiesta cruzan por todas partes en compañía de garibaldinos, cuyas blusas rojas resaltan entre los trajes primaverales, según chusco decir, como las amapolas entre los trigos. Las estafetas corren de un lado á otro, llevando los resultados parciales de las votaciones. Los voceadores de los periódicos gritan: «Pedid la gran conspiración del enano Thiers contra la República.» «Pedid: los crímenes y locuras de la Asamblea de Versalles.» «Pedid las instrucciones para las mujeres que quieren casarse.» En medio de este universal aquelarre, suenan y resuenan los nombres de los elegidos; y sólo se oye esta pregunta: ¿Sabeis quiénes son?

El día veintiocho de Marzo verificase la toma de posesión de la Comunidad de París en la plaza que precede al palacio del pueblo, al consistorio parisien, á la Casa de la Ciudad. Todo es notable: la innumerable muchedumbre que desemboca por las boca-calles; los batallones de la Guardia nacional por cuyas bayonetas se rompe la luz en otras tantas estrellas de penetrantes rayos; el edificio del Consistorio con sus estriadas columnas y sus numerosas esculturas ornado de colgaduras carmesíes recamadas de áureas franjas; el

gran tablado circuido todo él de sillones, y en su fondo realzado por un fuste de jaspeada columna sobre el cual se levanta el busto de la República, con su gorro frigio; por los balcones y las ventanas multitud de espectadores que se avalanzan casi fuera de su centro de gravedad y se sustentan en peligroso equilibrio como si quisieran devorar hasta en sus menores minuciosidades la ceremonia; en el tablado los nuevos magistrados de París, vestidos unos de negro, otros de uniforme y cruzados todos con sus bandas rojas; los emisarios, los correos, los servidores de la Comunidad que pasan rápidos en vistosos caballos haciendo evoluciones dignas de un circo ecuestre; el desfile de los soldados del pueblo con sus varias y ruidosas músicas á la cabeza de las diversas secciones; las banderas de vivísimos colores que flotan al aire cargado ya con los primeros suspiros de Abril, los coros de cincuenta mil voces que entonan á una la Marsellesa y que recuerdan en sus acentos los días épicos de la primera revolución y los combates legendarios en que triunfara de sus régios enemigos la santa libertad; el estruendo de las aclamaciones de una inmensa multitud resonando como la voz sublime del Océano y el estampido del cañón agrandado en largos truenos por el eco y que parece la voz rugiente de las nubes y los sublimes chasquidos de los rayos; y sobre todo, como el fondo negro en que resalta esta imprevisora alegría, las sombras de la revolución y el lejano relampagueo de la guerra. Pero aquella ceremonia indicaba que la Comunidad de París podía creerse ya constituida y triunfante.

CAPITULO XCIV.

LOS ELEGIDOS.

Tarea verdaderamente dificultosa el estudiarlos y conocerlos. Desde la ortografía de sus nombres hasta las particularidades de sus vidas, todo yace en el más profundo misterio. Todo parecía un secreto de esfinge que quiere la historia moderna reservarse como para burlar el orgullo del hombre, pagado de conocer los tiempos remotos á pesar de que apenas conoce los sucesos ocurridos á su vista y en su propio tiempo. Cuántas disputas sobre el origen, el oficio, la fé de estos hombres que se han gloriado de personificar la idea más avanzada y de dirigir la ciudad más culta de nuestra Europa. Cuántas noticias contradictorias encontramos en los periódicos y en los libros de aquellos días. Lo único de cierto que podemos apuntar es su filiación á todos los descontentos, á todos los desengañados, á todos los vociferadores, á todos los clubistas, que de antiguo habian jurado implacable enemistad á los moderados de nuestro partido y querido una República socialista y roja.

El primer distrito, á pesar de las muchas

abstenciones, dió la victoria á los republicanos conservadores presentados por los alcaldes en ejercicio; y los republicanos conservadores dimitieron inmediatamente sus puestos, ora porque no reconocieran la legitimidad de la convocatoria, ora porque no esperaran detener el torrente. Igual fenómeno se verificó en el segundo distrito. Eran estos electores los que reprobaban el pronunciamiento, los que resistieron á la Comisión central, los armados á favor del gobierno, y que abrazaban la abstención por no haber encontrado en Versalles el necesario arrimo.

Ya en el tercer distrito aparecían otros tipos que mostraban verdadero cambio en el clima social como Demay, de cincuenta años, llamado por su alta estatura, por sus largas melenas, por su blanca barba, por sus profundos ojos el Duos de la Comunidad; como Arnaud, empleado de los ferro-carriles, secretario de doctrinas sobrenaturales, absorto en el iluminismo de sus extravagantes ideas, en política socialista intransigente, en la vida comun magnetizador inspirado; como Pindy,

que trabajaba á un tiempo en sus obras de carpintería y en sus proyectos de renovacion universal; como Dupont, de oficio cestero, y de política rojo, miembro de la misteriosa asociacion que dirigiera el motin y que se elevára al gobierno.

En el cuarto distrito salieron muy mezclados los intransigentes y los conservadores. Junto á Lefrançais, que gastara su vida en las penalidades del magisterio de primera enseñanza, arrancando á los niños la idea de la autoridad para sustituirla con la idea de la revolucion, jacobino violento, adicto al culto, del Estado omnipotente y á la dictadura plebeya, capaz de aprobar todos los crímenes del terror y convertir la guillotina en el ara del derecho, más que por dureza de sentimientos, por fanatismo de sectario, junto á este hombre de hierro, como su modelo Robespierre, se veia Clemence, trabajador de profesion, con ideas avanzadas, pero con política templadísima y sensata; junto á Gerardin, de una honradez á toda prueba, de una modestia ejemplar, de una varonil templanza el furioso Amouroux, sombrerero que necesitaba para sí una cabeza, clubista violentísima, que expedía con rapidez vertiginosa todas las utopias y encespaba con ira todos los ánimos, miembro de esa Internacional, cuya doctrina ha sumado á los ensueños del comunismo la fría sombra de la estepa rusa y los delirios de sus bárbaros nihilistas.

En el quinto distrito subia el color rojo de punto. Allí estaba Regere, hombre de edad madura y de ideas arraigadas; pero de tal traza en propagar estas ideas, que siendo de los republicanos jacobinos por convencimiento y de los amigos de Pyat por afecto, pasaba como redomado jesuita, como espía de los clericales y ultramontanos. Allí Fredon, que remedaba á Hebert, al exagerado, al intransigente del noventa y tres, al que mojaba su pluma en sangre y rociaba con hiel su oratoria, al redactor del *Pere Duchesne*, que competía en hambre de matanzas con *El*

Amigo del Pueblo de Marat, al teniente fiscal de la primera Comunidad revolucionaria, siempre husmeando víctimas, al calumniador de la desgracia en la prision del Temple donde quiso obligar al delfin á que depusiese en los tribunales revolucionarios contra su propia madre, al verdugo de los ilustres girondinos, al atizador de las conspiraciones contra la Convencion, al que despues de haber vivido matando como una fiera, murió temiendo la muerte como un cobarde; horrible encarnacion de todos los errores y de todos los delirios de la demagogia. Allí, por último, Blanchet, que de novicio en capuchinos pasaba á novicio en socialistas; del cláustro al club; espía secreto de los tiranos y adulator público de los pueblos; estóico en sus discursos, y quebrado en sus negocios; amigo de restaurar la guillotina, y enemigo de toda superioridad; con muchos crímenes y sin ningun remordimiento.

El sexto distrito aparecia mucho más moderado. Si se exceptúa el encuadernador Varlin que fué uno de los agitadores más peligrosos en los clubs y uno de los apóstoles más entusiastas de la Internacional, todos los demás electos pertenecian á los templados y dimitieron sus cargos. Por aquel distrito salió tambien Beslay, anciano venerable, de setenta y seis años de edad, y pocos ménos de servicios á la noble causa de las libertades populares. Proudhon le llamaba su conciencia. La Comunidad le eligió por su decano. Llevóle allá, al seno de aquella legion comunista, su culto por las federaciones proudhonianas; su creencia de que podian distinguirse y separarse tan fácilmente en la realidad como se distinguen y separan en la conciencia los derechos del municipio, de la provincia, de la nacion y sus diversos naturales organismos. Ya en aquella tormenta, no perdonó medio de enmendar errores, de disolver conflictos, de asumir responsabilidades en defensa del orden. A Beslay puede decirse que se debió la salvacion del Banco

de Francia, de ese establecimiento que estaba llamado á procurar el deseado rescate á la intervencion extranjera.

En el sétimo distrito resultaron elegidos algunos republicanos puros que dimitieron tambien; y el maestro Urbain, adicto á la enseñanza laica; y el miliciano Brunel, que de simple teniente retirado del ejército pasó á general de los comuneros. No así el octavo distrito. Sus favorecidos fueron bien extraños: Raoul Rigault que debia imitar á los terroristas y mancharse de sangre; Vaillant, buen filósofo, mal político, incapaz de medir los abismos interpuestos entre la para idea y la pura realidad como esos desiertos de sombras que segun los cosmólogos separan un sistema solar de otro sistema solar; y por último Alix, original hasta la extravagancia, caviloso hasta la demencia; inventor de métodos inverosímiles de enseñanza y de extrañas máquinas industriales como los telégrafos de caracoles simpáticos y armónicos; habitante de varios manicomios y miembro influyente de la Comunidad donde se exacerbó en tales términos su enfermedad mental, que hubo necesidad de recluirlo nuevamente en apartada celda.

El noveno distrito tambien estuvo por la moderacion y por la templanza; pero el décimo eligió á Félix Pyat, de quien hablaremos aparte por su importancia y su influencia; eligió á Fortune, uno de los más activos directores de la Comision central; eligió á Babik, polaco de cuna, perfumista de profesion, como ya hemos dicho, tierno de sentimientos, sencillo de costumbres, sectario de una religion llamada el Fusionismo que consistia en unir por medio de síntesis atrevidas y de confusos sincretismos en una sola simbólica y en una sola dogmática todas las religiones contenidas en la Historia; y por último, eligió á Gambon, que adquirió cierta fama por haberse negado á pagar tributos al César y haber consentido que le vendieran en pública subasta una vaca antes que dar una moneda

al asesino de la República, al usurpador de la soberanía correspondiente á Francia. Pero aun le superaba en exaltacion el undécimo distrito con su Delescluze, á quien volvemos á saludar antes de concluir; con su Mortier, fanático en la oposicion al catolicismo; con su Assi, el desertor del ejército, el soldado de Garibaldi, el huelguista de las fundiciones de Scheneider, el apóstol de los internacionales, el jefe de la Comision central; con Protot, uno de los abogados más distinguidos pero de los conspiradores más exaltados de la capital; con Eudes, corrector de pruebas, químico de potingues, conjurado antiguo, comprometido en la maniobra de arrancar á los bomberos sus armas para entregárselas á los demagogos de Belleville, condenado á muerte varias veces, manipulador de todos los conciliábulos y agente de todos los atentados; con Verdure, maestro de escuela, dado á todas las utopias, y deseoso de resolver en un dia las contradicciones de nuestra sociedad y arrancarle en una hora sus eternas espinas al trabajo.

El duodécimo distrito dió algunos republicanos moderados junto á los exaltadísimos Geresme, para quien toda República conservadora era peor que la monarquía, y Theitez, gran propagandista de la Internacional. Pero el décimo-tercio solo designó intransigentes: Leon Melliet, uno de esos que sin distinguir los tiempos corrientes, sin estudiar las sociedades actuales, llevados de un romanticismo republicano tan arqueológico al cabo por imposible de resucitar como el romanticismo feudal y monárquico, quieren una política robespierrista, jacobina; Duval, fundidor, activo, incansable, perseverante, de los más pronunciados en sentido socialista, y de los más influyentes en la comision directiva de los últimos sucesos, elevado de los talleres á los campamentos, de obrero á general; Chardon, ayudante de campo del anterior, más competente en socialismo que en táctica, de cortos talentos y de largas ambiciones;

Frankel, jóven húngaro, soñando desde sus talleres de París con una revolución que subordinase todas las instituciones políticas á la emancipación social de los pueblos.

En los distritos restantes, pues hay hasta veinte, resultaron elegidos Billioray, artista desgraciado, de esos que conciben ideas elevadísimas, que sienten inspiraciones ardientes y no logran encarnarlas en la realidad, cuya desgracia engendra enfermedades incurables del alma y ódios invencibles á la sociedad y á la naturaleza; Emilio Clement, zapatero de tal exaltación que sus declamaciones en los clubs y sus protestas contra el gobierno le dieron opinión de agente de los prusianos; Malon, mozo de cuerda, tintorero, agente de la Internacional, discípulo de los nihilistas rusos, propagador de la propiedad colectiva; Juan Bautista Clement, una especie de retoño de Beranger, cancionero ambulante, autor de coplillas que alcanzaron una verdadera fama entre el pueblo por su ingenua gracia y su sabor demagógico; Pascual Grouset, jóven de mundo más que apóstol de ideas, apegado á los dogmas revolucionarios, más que por fé por ambición; deseoso de herir la pública curiosidad con sus actos y sus escritos, y de

fijarla en su distinguida persona, elegante en sus maneras y en sus trajes; uno de esos pí-saverdes descreídos que se hacen demagogos por encaramarse sobre los hombros del pueblo al poder y á la justicia y satisfacer su sensualidad; Bruto de comedia, Catilina contrahecho, el peor de los demagogos, el demagogo epicúreo y excéptico.

No acabáramos nunca si hubiéramos de examinar todas estas extrañísimas figuras. Dedicaremos un capítulo aparte á los jefes más importantes: á Delescluze, que representa el jacobinismo severo; á Pyat, que representa el jacobinismo melodramático y exaltado; á Julio Valles, que representa esa literatura realista y enferma, nómada siempre, sin ninguna idealidad, con alas para volar como el ave por el cielo azul, y revolcándose como el hipopótamo en el turbio cieno; á Velmorrel, cuyo odio á todos los republicanos históricos le llevaron á comparecer ante la opinión como cómplice de los Césares. Y quizá en su carácter y en su vida encontremos la clave de tantas y tan irreparables desgracias como han caído sobre la libertad y sobre la República en Francia.

CAPITULO XCV.

LOS JEFES.

Muchos de ellos han aparecido ya otras veces en el curso de nuestra historia. Sin embargo, conviene verlos á la luz siniestra de la tempestad que ahora los ilumina.

El jefe natural y más considerable de los comuneros era el viejo Delescluze. Su filosofía se asemejaba en mucho á sistemas de otros tiempos: amor á la humanidad, desprecio á los hombres, ferviente culto á la virtud aunque escasa confianza en la eficacia de su ejemplo, práctica del bien por ser bien y no por la esperanza ni de retribución ni de agradecimiento, valor héroeico para decir á todos la verdad é indiferencia glacial delante de la muerte; algo parecido á las almas vigorosas, á los caracteres enteros, salvados en la decadencia romana del naufragio de todas las religiones y del eclipse de todas las virtudes por una ciega confianza en la santidad de sus ideas estóicas y un soberbio aislamiento en las cimas inaccesibles de su conciencia. Si quereis saber la vida de este hombre, cenobita en una ciudad epicúrea; apóstol entre generaciones descreídas; mártir no de su propia religión, sino

de dogmas que acaso no profesaba, mártir por instinto de pelear y por aspiración á morir, sabed que sintiendo nacer en su mente la idea nueva y en su pecho el deseo vivísimo de realizarla al entrar casi en la vida, pasó desde las redacciones á las cárceles, desde las cárceles á los destierros en la zona tórrida, para volver á insistir en sus creencias y á porfiar en sus trabajos con la misma fé sencilla y el mismo valor héroeico que en sus primeros años; débil de fuerzas y enérgico de sentimientos; viejo por su edad y por sus dolores, jóven, casi como un niño, por las fervidas ilusiones de su fé: que el invierno con sus nieves blanqueaba su cabeza y la primavera con su calor mantenía en una fiesta perpétua de esperanza su caldeado cerebro. Era jacobino. Tenía por consiguiente horror á la utopía socialista y horror al federalismo; entusiasmo por un Estado fuerte y por una República autoritaria. En su periódico había dicho muchas cosas acerbas al estado mayor del partido republicano; pero también á sus indisciplinadas huestes. Con la mano que flageló á los habla-